

# BUEN HUMOR

1. FEB. 1925

40 CÉNTIMOS



Dib. GARRÁN.—Madrid.

A LA SALIDA DEL CONCIERTO

El BAJO.—¡Chico, no sé cómo hay a quien le gusten los aires regionales! ¡Yo voy que bebo los vientos!

Ayuntamiento de Madrid

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 5,50
Año.....	\$ 12 —
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2

PARIS y BERLIN

Gran premio

Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
existan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único infensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni el juicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente infensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros granateados, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebeldía que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el seductor de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente infensivo, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMONDOLINA. Es la reina de las cremas. Complete a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMONDOLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente infensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndolas su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin reñirlos, les da color y vida. Es infensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIROMANTE

**Bases para el Concurso de febrero.**

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de Buen Humor correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres obitos de arte cuyos fotografías publicaremos para que los

aprecien nuestros lectores, atendiendo así al requerimiento de muchos *perdiertiempos*, que ya estaban cansados de ver que no hacíamos trampa para que les tocara la lotería.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes. Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 5 de marzo, haciendo el envío a la mano a nuestra Redac-

ción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de febrero insertos en esta página. A los *ascrip-tores* de Buen Humor les bastará con indicar esta circunstancia al remitirlos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de marzo se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

## CUPÓN

Correspondiente al núm. 36

### BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

1.—En Burgos.

LO DICEN LOS MAMONCILLOS  
ENTRE EL LABIO Y LA BARBILLA

MEDUSA

2.—De disección.

—¿Prima segunda eso que tienes en el cubo?

—Cuarta prima. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad. Y a segunda—cuarta.

—Es que si querías meter dentro el todo, no te delo.

Los ejemplares atrasados de

## BUEN HUMOR

correspondientes al año 1924, se venden en esta Administración al precio de CINCUENTA céntimos. Los de años anteriores, al de UNA peseta.

3.—¡Cuidado, que pincha!

ORIENTE  
ENSORTIJADO

## Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

4.—Un apellido.

DÓNDE ESTÁ LA LIEBRE SIN A

EN LAS EXTREMIDADES

5.—Para el bastidor.

BAMBÚ  
MARTILLO DE MADERA

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO  
LIBRERÍA CAMPOS: Calle de Allén, 23

## CONCURSO DE PASATIEMPOS DE NOVIEMBRE

Verificado el sorteo públicamente en nuestra Redacción, han resultado premiados los *perdiertiempos* relacionados a continuación:

PRIMER PREMIO.—Un billete de la Lotería Nacional número 53.874 para el sorteo de dos febrero de 1925 a doña

Encarnación Orbea, de Sestao (Vizcaya).

SEGUNDO PREMIO.—Medio billete de igual número y para igual sorteo que el anterior a doña María Luisa Besses, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Tres décimos de Lotería de igual número y para igual sorteo que los anteriores a D. Jesús M. Cortés, de Madrid.

Los agraciados podrán recoger sus premios en nuestra Administración, cualquier día laborable, de cinco a ocho de la tarde.

## ADVERTENCIA

En nuestro pasatiempo núm. 11, correspondiente al número de 18 de enero, se deslizó una errata: Donde dice FLOUR, debe decir FLUOR.





Piense Vd.  
siempre

que para triunfar  
hay que conven-  
cer, y para conven-  
cer, agradar; que  
la primera impre-  
sión causada es el

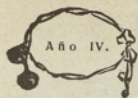
primer factor del éxito o del fracaso; y convierta  
su aspecto personal en un colaborador silencioso,  
pero elocuente, usando a diario para afeitarse

## JABÓN GAL PARA LA BARBA

La abundante y untuosa espuma que forma  
en el acto y no se seca en la cara, le permi-  
tirá afeitarse perfecta, suave y rápidamente.

BARRA, 1,50 EN TODA ESPAÑA

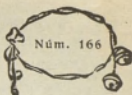
PERFUMERIA GAL  
MADRID



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 1 de febrero de 1925.



## LOS GRANDES ÉXITOS



ELÓN. Fin de la comedia. ¡Qué suspiro de satisfacción se da cuando se escriben estas palabras en la última cuartilla! ¡Fin de la comedia! Estoy contento. Yo creo que es mi obra definitiva. Hay emoción, interés, novedad... la relativa novedad que puede haber en toda producción teatral. Bueno, como el público participe de mi opinión me hincho de ganar pescetas. Esta noche leeré la comedia a mi familia, que no está demás conocer la impresión que le produce. Las observaciones que me hagan serán muy sinceras.

¿De verdad que os ha gustado tanto? Conque ¿un éxito formidable? ¡Ojalá seais profetas!

Me temo que la pasión haya cegado a los míos al opinar así. Conviene leerle la obra a Carriquirri, que, como maestro, me señalará los defectos que pueda tener. Voy a casa de Carriquirri.

Maestro, muchas gracias por su opinión y por sus consejos. Meteré la tilera y corregiré los lunares que me indica.

¡Caramba, el caso es que suprimir estas escenas tan fundamentales!... ¿No se habrá equivocado Carriquirri? ¡Estos autores viejos, que no saben salir del camino trillado!... Nada, que no le toco a la obra. Así, como está, voy a leerla al empresario.

Don Agapito, me emocionó el oírle hablar así. Quiera Dios que se cumpla su pronóstico y sea esta obra el río de oro que inundará la taquilla de su teatro. ¿Dice usted que mañana, a las tres, lectura a la compañía? Bien, pues hasta

mañana y encantadísimo de tan feliz augurio.

¡Mi madre, qué caras más largas! La Retorilla se ha quedado dormida y Pardiñez bosteza. Se conoce que no les ha interesado la comedia.

¿Si me habré equivocado? ¿A que resulta que tenía razón Carriquirri? Veremos cuando lleve unos cuantos ensayos...

Esto es otra cosa. A medida que pasan días veo que hay obra. Todos van comprendiendo su papel y lo bordan. Así, así: Me parece que he acertado y que Carriquirri se equivocó. Veremos en el ensayo general...

Bueno, esto no lo salva ni la Paz y Caridad. ¡Qué ensayo general más desastroso! ¡Me van a dar pocas! ¿Es posible que yo haya sufrido una equivocación tan lamentable? ¿En qué estaba pensando cuando me decidí a presentar esta obra? ¿Y quién se la lleva con el gasto que ha hecho la empresa? ¡La grita la van a oír todos los radioescuchas del planeta! ¡Si hubiera hecho caso a Carriquirri! Pecho al agua. Que se estireny sea lo que Dios quiera.

Gracias, muchas gracias, señores. No les extraña mi emoción. Les confieso que no esperaba este éxito. Si, si, verdaderamente ha sido formidable. El público es muy bueno y ustedes son muy carifiosos. No, no es nada; la emoción, la emoción. Gracias, muchas gracias a todos.

¡Qué prensa he tenido más estupenda! Estoy como chiquillo con zapatos nuevos! Bombo sobre bombo y todos coinciden en que soy el que se va a llevar los billetes esta temporada. ¡Ole con ole! Soy un ífo escribiendo. Para que diga Carriquirri que todavía no estoy cuajado. ¿A ver estas cartas? Felicitaciones entusiastas y efusivas, peticiones de dinero, peticiones de palcos... ¡Si, si! Cualquiera solicita un palco a una empresa cuando tiene que poner en taquilla el cartelito de «No hay billetes». ¡Que aguarden a la centésima representación y ya hablaremos! Me voy hacia el teatro, porque seguramente el público me llamará al final de todos los actos.

¿Eh? Pero ¿Qué es esto? ¿Yo estoy soñando o padezco de cataratas? ¡La hora de empezar y solo hay tres filas de butacas ocupadas! ¡Lo que se va a reír Carriquirri cuando se entere!

GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR



Dib. SILENO.—Madrid.

# LOS JUERGUISTAS

—¿Y qué tal por Sevilla?

—Chico, el caos

y la descongestión. No hay en España sitio donde uno pueda divertirse que se iguale a la tierra sevillana, y aunque tú no creas y lo dudes, yo te aseguro que Sevilla es la ciudad. Te vas a un «Montañés» en compañía de dos buenos amigos y tres damas de esas que quitan a cualquiera el hipo y que para estos casos nunca faltan, y con cuatro pesetas a lo sumo, que esto es todo lo más que allí se gasta, te estás, si te parece, un mes, comiendo pescado frito y deglutiendo «cañas». ¡Y qué mujeres, chico! Todas ellas son de lo que aquí no hay: ¡canela en rama! Todas tienen la gracia por arrobas; todas tienen la sal por toneladas... si se salen por «hientos», el delirio son haciendo priores de garganta; y cuando alguna coge los «pajillos» y haciéndolos hablar, después se marca aquellas seguidillas inmortales todo alegría, clasicismo y gracia; cuando entorna sus ojos ideales y en illos fila, despidiendo llamas, y te mira extasiada y te segula en el profundo mar de sus miradas; cuando en sus labios, de besar sedientos, palpita el beso con sus locas ansias; cuando se agita en convulsión frenética al compás de los ritmos de la danza, aunque seas más frío que un cardámano te conviertes al punto en una fragua.

—Berenguelo, permite que te arguya.

—¿Qué me vas a decir?

—No es que te vaya a hablar mal de Sevilla. ¡Díos me libre de ponerle reparos a su fama! Pero lo que yo digo, lo que juro y hasta lo que sostengo, si hace falta, es que para una juerga en todo el globo no hay como este Madrid de mis entrañas.

—Te diré...

—Vas a verlo. La otra noche nos fuimos este cura, la Tomasa, Periquito Gutiérrez, la Manuella y Pepe Luis, con su señora láica

en «ca» Juan, decidíais a correrla como cuando hay humor y sobra pasta. Como yo ando mediano del estómago, comenzamos la juerga, que fué magna, con unas gallinejas superiores y soplando unos tragos de Cazalla. Nos zampamos después medio cabrito con sus miajaas de berros y patatas; un poco de jamón y seis raciones de calamares en su propia salsa. Después de todo esto, seis botellas no sé si era de Heredia o si de Arganda; las copas de cósic correspondientes y un carunchito magnífico por barba. Total: cuarenta duros y unas perras si dicen la verdad las matemáticas. Y ahora viene lo bueno. Con pretexto de un asunto de urgencia, vulgo...

—¡Basta!

—Pepe Luis, Perico y este cura nos las piramos por la puerta falsa, dejando a nuestras socias respectivas (mira tú que la cosa tiene gracia!) confiadas, risueñas y tranquilas, igual que tres palomas por lo cándidas. Pero alguien se chivó, porque el sereno tocó el silbato, y por meter la pata nos quisio detener, y como sabes que en lo castizo a mí nadie me gana le sacudi dos palos con el chuzo, le hice cisco el farol y santas pascuas. Acudí la pareja a los berrios de unas mujeres que gritaron ¡guardias! y... ya sabes quién soy, al que primero se acercó para echarme la tenaza le pegué un empujón y lo eché al río y en tanto Pepe Luis con su palasana le hizo cuatro sietes en la capa. Tomamos un simón y fuimos luego a recorrer Madrid hasta por tascas, y después de seis horas de jolgorio, al llegar al Paseo de la Alhambra dimos mico al cochero y aun seguimos la juerga hasta las diez de la mañana.

—Todo eso que me dices es salvaje y suelen tales bromas costar caras.

—Esto es lo que se llama divertirse, ¡y no me negarán que tiene gracia!

MANUEL SORIANO

## NO HEMOS ENTENDIDO NADA

Las representaciones teatrales en idioma extranjero, son cosas que ilustran más que una colección de dibujos. Hay que reconocer que en la mayoría de los casos no sabe uno lo que oye, pero salvo este pequeño e insignificante detalle, es conveniente que por Madrid aparezcan de vez en cuando y aunque sea de tarde en la noche o de noche en una compañía francesa para que le demos una vuelta al idioma de Poincaré y sepamos, al propio tiem-

po, cuál es la última moda en pantalones masculinos en el boulevard des Capucins.

Como entender no solemos entender mucho, pero no importa, Molière es grande y Sacha Guitry aunque más pequeño también, es de un tamaño regularcito y sirve para deleitarnos y hacer que se ventile el frac que para estas excursiones extranjeras poseemos y una vez embutidos en el darnos aires de diplomáticos conocedores de todos

los idiomas y de todas las finuras de las capitales mundiales.

—¿Usted por aquí?

—¡Oh, a mí me encanta el teatro francés. Todos los años aprovecho la excursión que hago a Bayona para ir al teatro de allí y hacer un poco el oído. Qué finura de dicción, qué expresión de lenguaje, qué corte el de los delantales que sacan las doncellas!

Verdaderamente, en una tournée de esta clase, aunque la hagan, como su-



cede muchas veces artistas que aquí figurarían en el coro de la compañía de Chicote, vemos detalles que nos eran completamente desconocidos hasta que nos los presentan en el idioma de *Le Journal*. Los actores franceses, aunque hayan nacido en Montpellier o Carcassonne, tienen un modo tan chic de cruzar las piernas en escena que jamás será imitado por los nacionales nuestros. Me refiero a los cómicos de aquí, no a los toreros Nacional I, Nacional II y Nacional III cuyo sistema de cruzar las piernas es para mí absolutamente desconocido.

Salte un boulevardier de esos a escena y apenas ha dicho «oui» que es la manera que tienen de decir «sí» los que habitan junto al Sena, cuando en la sala se produce un movimiento de aprobación y de entusiasmo, testimonio de lo bien que nos ha caído en nuestros oídos de espectadores sencillos aquella palabrita.

—Delicioso.

—Exquisito. Yo he sentido un cosquilleo hacia la nuca, como si me estuvieran acariando el cogote con una pluma de pavo real.

—Es la distinción que emana de la escena y que nos cae como bienhechor rocío.

Resulta que no hay tal distinción ni

semejante rocío, sino que es el cuello del gabán dejado sobre la butaca que nos cosquillea, pero la satisfacción y el entusiasmo no nos lo quita nadie y saboreamos la representación francesa como si fuese un plato de natillas. Y es que, como dijo Cúchares: «la ilusión es todo en el hombre», y quien dice el hombre, dice la mujer y el niño y los que vienen de provincias.

Muchas veces ocurre que no se llega a dominar el argumento y los cantares que tiene la obra, porque nuestros conocimientos del idioma no han pasado de las clásicas preguntas y respuestas de «¿tiene usted el paraguas de mi tío?», «no, pero la pequeña vaca ha dado a luz un ternero», «es indudable que mañana hará buen tiempo»; frases que no figuran en la comedia que se está representando y entonces tenemos que recurrir a los amigos que se hallan en el teatro y entre todos ver si se consigue llevar a la averiguación de lo que está pasando en escena, cosa que a veces resulta más difícil que dar con las niñas desaparecidas.

—A mí me parece que ese de la barba es padre de la joven del vestido amarillo. Lo que no sé es por qué se pelean.

—Yo tampoco lo he cogido bien, pero como él se ha llevado varias veces las

manos al estómago, quizás el conflicto sea porque le ha sentado mal la cena.

—No se hubieran vestido tan lujosamente para eso. No es cosa de ponerse de frac para tener cólico.

—Los franceses le dan mucha solemnidad a todo. Yo, lo confieso, me contraría bastante no enterarme bien.

—Pues me choca que usted no lo entienda, porque le he oído muchas veces que recibía cartas de París, de uno de sus corresponsales en tejidos.

—Es muy distinto, porque como me escribe las cartas a máquina, las entiendo perfectamente. Además, todavía no han pronunciado una vez las palabras «coton» y «etofe», que son las que más repite mi corresponsal.

En resumidas cuentas, que estas tournées extranjeras halagen una barbaridad, pero que se hacen un poco difíciles de comprensión.

Por eso cuando un espectador de buena fe llega a su casa y al tiempo de desnudarse le pregunta la esposa: «¿Qué tal ha estado eso? ¿Te has divertido? No puede menos de contestar: ¡A í te lo puedo confesar! No he entendido más que un momento en que uno le ha dado dos bofetadas a otro, y eso, porque, por lo visto, para los mamporros hay un idioma universal.

A. R. BONNAT



Dib. Tixer.—Madrid.

—¡Chico, qué elegancia! ¡Es el último grito!

—¡Quí! ¡El último lo acaban de dar por ahí! ¡deirás ahora mismo!

# LOS BAÑOS

II |

Llegan tiempos más austeros, que se asustan de la desnudez, acábanse los baños, se considera atrocemente pecaminoso cuidar del cuerpo deleznable —escoria vil— y aquí empieza la pobre humanidad a naderar y a rascarse. ¡Mil años sin baños exclama Michelet, todo condolido.

Se había de mortificar la carne, ese enemigo del alma. Pero no hagan ustedes caso; tan habituados estaban a ser unos guarretes, que seguramente la mortificación hubiera consistido en zambullirlos en una buena piscina; escalofríos mortales debían correrles por el espinazo solo de imaginar semejante atrocidad. La costra les parecía salud, o cuando menos, una buena coraza contra todo morbo.

Conocido es el romance caballeresco:

... que siete años hace, siete,  
que no me desasuso...

¡Y esto se lo decía el galán a la dama en plen de conquista! ¡Y la conquistó, que es lo más estupendo!

La santidad se elevó a la jerarquía de virtud suprema, de santidad inclusi-

ve. San Lisar-to, a pesar de su elegante nombre, que trasciende a guantes de ámbar, sentía horror hacia todo lo que denotase refinamiento y aseó, hasta el punto de no agradarle sino lo que ofendía los sentidos. San Hilarión se plantó por toda vitola un saco burdo, y jamás consintió en cambiarlo, ni en que se lo lavasen.

Comprendemos perfectamente que los anacoretas, para andar por el desierto, no usasen la ondulación Marcel, pero no se nos alcanza la ventajal ni la gracia, ni el mérito de llevar siempre el mismo saco, ni de su gatuno horror al agua.

Quizá Michelet exageraba. Ya que no la limpieza, los perfumes gustaban horrores en la Edad Media, con preferencia la verbena y el ámbar. También ese fué achaque antiguo. Se ha dicho que la Biblia está impregnada de mirra y de nardo, aunque yo conozco un biblíofofo que tiene la suya impregnada de napolina, para que no se le apollile. ¡Práctico!

Enrique IV, el campechano rey, acostumbra a comer ajos, con gran disgusto de la bella Gabriela, quien para contrarrestar esa olorosa maña, se perfumaba de azahar.

Un gran señor de aquella época pre-

guntaba, con encantadora ingenuidad, por qué se lava uno las manos y no los pies.

Ana de Austria prefería a todos los perfumes el de vainilla, e ignoramos si fué ella quien discurriría que se incorporase al chocolate.

Su hijo, el Rey Sol, se derramaba encima fríos y más fríos de esencias, para disimular su esencia personal e íntima (reforzada por el régimen carnívoro y el total desprecio hacia el agua.) Maravilla la escasa delicadeza olfativa que por lo visto poseían la poetisa Lavalliere, la brillante Montepau y la mística Maristenno.

Quien se bañaba era Ana Bolena, y por más señas, los cortesanos ingleses se pimplaban un vaso de agua de la que Su Majestad dejaba en el baño, a la salud desu graciosa soberana. ¡Pero que muy graciosos!

Más comprensible es el caso de una querida del zar Alejandro I, María Czévitynoska—¡Vaya un apellido! no preiendo que todos lo tengan tan claro, internacional, sintético y centelleante como el mio, pero en fin...—la cual señora se bañaba en abundante vino de Málaga, y luego lo hacía embotellar y lo vendía, porque la economía sobre todo. Bien es verdad que los compradores no desconocían la procedencia ni el uso, mas tratándose del remoto Málaga—remoto para ellos, los rusos—¿quien repara en nimiedades ni anda con remilgos? ¡Aliquichupati! como dice un borrachín ligeramente latino a quien tengo el gusto de tratar.

Compare el lector a estos modernos —relativamente modernos, vamos— con los personajes de nuestro primer capítulo: con un apollino heleno, alzando su copa de Chipre, donde flota un leve pétalo de rosa...—Por cierto que nunca hemos podido saber qué hacía el bebedor con el susodicho pétalo: si lo tiraba o si se lo tragaba; la musa Clio permanece con el augusto labio mudo, cuando la interrogamos sobre el particular.

Compare, repetimos, a un romano empujando el codo con el *muslum*, vino cocido, propio para ayudar a la digestión, o echándose entre pecho y espalda, el perfumado Cécuba, en añora sabinas...

Y dígame el lector, si gusta, de qué lado caen sus similitudes personales.

No niego que la época actual parece que va entrando por el aro cristalino de la limpieza; que las casas nuevas tienen su correspondiente baño, si no de pulido pórlido, como el de Popea, por lo menos de grisá o cinc; pero ¿creen ustedes de buena fé que todos los inquilinos lo emplean?

Cierto que nadie considera ya la santidad como una virtud. Pero no es menos cierto que muchos la practican tan concienzudamente como si lo fuera.

MATILDE RAS



—¡Tengo Buen Humor, Libertad!  
—Y aún se quedará usted de la vida, señá Melania.





Dib. AURELIO.—Madrid.

—¡Chico, bestial! ¡Esta pieza es cafral, burrall! ¡Eres todo un burro, un bestia, un cafre!  
 —¡Gracias, gracias! ¡Ya sabía yo que te iba a gustar!

RAMONISMO

## RAZAS HUMANAS

Hay unos bustos en cartón piedra a los que no se da la importancia que tienen, cuando son las esculturas sinérgicas de toda la humanidad.

Yo los tengo sobre los armarios de mi despacho y me siento muy ufano de



tener a mi alrededor algo así como todos los moradores del globo. ¡Qué inmensa multitud en el estrecho perímetro de mi cuarto!

Se es un poco emperador de todos los pueblos de la tierra, teniendo esos bustos de las razas, y se piensa con una elocuencia universal.

Las razas humanas se llevan bien en esa conflagración de cartón piedra y revelan una cortesía digna de premio.

Para mí, los Congresos internacionales son una tontería desde que tengo



congreso permanente en mi modesto despacho. Las razas humanas se llevan bien entre sí colocadas en lo alto de los armarios. Representan pueblos inmensos y da miedo a veces dirigir la mirada a las inmensas multitudes que representan.

Para gozar del poder terreno y per-

sional y poner en práctica la tiranía a que cada uno tenemos derecho, conviene poseer una representación en cartón piedra de las razas humanas.

Bien vale negar el dominio del mundo, aunque sea a plazos. Se siente uno la poderosa Inglaterra.

Miran con la expectación que corresponde a toda una raza.

Alguna vez, a alguien que entra, le señalo el de la raza blanca y le digo: «Ahí tiene... la raza a que pertenece; pero él, muy indignado, no quiere pertenecer a la raza de ese tipo de maestro de escuela pretencioso y exclama: «Yo de esa raza? Protesto».

Entonces le doy a escoger entre la roja y la malaya, y él, como quien se agerra al estribo de un tranvía que parte, dice con tono melodramático: —Malhaya sea!

Teniendo una colección de estas cabezas, se tiene en casa como edificada y conseguida la Torre de Babel.

En los colegios han dado gran miedo a los niños, y el piel roja fué el personaje de sus fiebres.

Quedarse castigado en el cuarto de las cabezas de las razas humanas era algo medroso, aunque las miradas de las razas se sobreponían a todo lo que paraba a su alrededor, y ni siquiera paraban mientes en el castigado, estando tan ensimismados como están.

Se temía la crueldad infame de las razas de color y se protestaba de haber sido encerrado con aquellos salvajes.

Eso de las razas humanas es un lío. Una de las cosas por que más he desconfiado de los sabios, es porque en ese respecto no dan pie con bola.

¿Se extinguiría la mejor? Siempre me ha hecho efecto aquella raza, de cuya existencia sólo queda el vestigio de una colora, a la que Humboldt encontró en la América del Sur, y que era el único ser viviente que pronunciaba algunas palabras de la lengua desaparecida.

¿Quedará de nosotros sólo un loro perdido, por cuyos atrocidades de dicción los juzgue el nuevo Humbolt que le encuentre?

Es penoso haber hecho todos los esfuerzos literarios y artísticos que llevamos hechos y que lo que nos sobreviva como vestigio único sea un loro flamenco y mal hablado.

¿Nos podemos sentir orgullosos de nuestra raza?

No sabemos tener orgullo de ninguna especie. Para los de color subido, somos unos seres pálidos y descoloridos, a los que habría que enviar al tinte para reponerles el matiz perdido.

—¿Y usted, de qué color era antes?— me preguntó un día un piel roja. Confieso que no supe qué contestar y que me quedé más pálido que nunca.

Envidio la vanidad de aquel señor, que después de todos sus apellidos,



añadía en sus tarjetas un y «Cromagnon», que, según él, daba mucha aristocracia a su nombre y apellidos. Lo que sí era verdad, es que en todas partes le conocían por «el señor de Cromagnon», y eso le hacía más respetable que a nadie y daba la sensación de que llevaba sobre sí un esqueleto más venerable, duro y de huesos amarillos, digno de ser empuñado en cualquier casa de antigüedades, o de ser vendido para después de muerto a un museo arqueológico cualquiera.



Envidio también a todos esos que dicen: «Soy de mi raza» y se creen dignos de competir a los premios que reciben los verdaderos animales de raza.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

# EL INGLÉS BARBUDO

(Cuento «Ancestral»)

Correspondiendo al creciente afecto y consideración que me están demostrando mis lectores, que no me matan ni nada a pesar de las fatigas, molestias y dolores craneales que constantemente les produzco y que merecen una venganza fiera, despiadada y contundente; correspondiendo, repito, a esa noble actitud que contrasta con mi desvergüenza contumaz y con mi literatura precocemente asesina; corres-

pondiendo, vuelvo a decir y lo diría cien veces sin cansarme, a tan gentiles pruebas de carifio y de piadosa conmiseración, voy a librarles hoy del tormento daniesco y aligieresco de leer las atrocidades que a mí se me ocurren, y las voy a sustituir con un cuento que me contaron anoche unos sevillanos que pasaron conmigo la velada en un colmado, aunque a ustedes quizás les extrañe y les boquiabre el

que unos sevillanos pasasen en ninguna parte, ni llevándoles yo ni llevándoles el propio Romanones, que Dios guarde (y cierre la llave para que siga guardado).

El cuento me dijeron que era viejo, pero como más viejo es Maurya y se siguen gastando letras de imprenta en referir sus cosas, no creo improcedente molestar a los cajistas para que ustedes compartan el emotivo deleite que yo sentí al escuchar la narración.

«Que es la siguiente, oída por mí como ya he dicho y repito (hoy estoy en plan de repetirlo todo, como las liles-empresarias), oída por mí anoche en un colmado que, a pesar de ser colmado, estaba vacío; y cito este absurdo paradoja para que vean ustedes qué espantosas incongruencias tiene la vida. ¡Una pena!

Y allá va el cuento sevillano y perdónen:

Parece ser que una vez (estas cosas pasan siempre una vez... y si no pasan una vez, pasan otra!) se presentó en una barbería y coiffeurería de una calle trianera un inglés llamado Mister Gibson, portador de una barba tan crecida y marañuda que era una porquería londinense. El britano, y algo harraño parroquiano, encarándose con el peluquero, le espetó la siguiente proposición incidental:

—Caballero que rapa y rasura: mí quer que usted afeitarme, pero ha de ser con la siguiente condición: mí darle a usted dos libras...

—¿Dos libras de qué?

—Dos libras esterlinas, si usted afeitarme sin hacerme sangre. ¡Pero si usted hacerme sangre, mí darle a usted un tiro con esta Star!

Y le exhibió un pistolita, que el peluquero contempló con veneración pero que le sugirió la respuesta siguiente: —Mister, usted *star loco*! ¡Yo no le sirvo a nadie en esas condiciones!

¡Mi señora es cardíaca, y si oyera un tiro en el salón se perjudicaría mucho!... ¡Vaya usted a la barbería de Ibarra, que es viudol!

Mister Gibson saludó fríamente, se largó a la peluquería que le acababan de recomendar con tan enorme desinterés, y llegado a ella hizo a Ibarra la misma proposición, solo que añadiendo una esterlina más a las ofrecidas al otro.

Ibarra fué más explícito:

—Mire usted, mister, baste ser que yo no quitra hacerle a usted sangre, para que me ponga nervioso y se la haga. Y como el resultado del tiro que usted me daría por bruto, sería que yo iría a reunirme con mi mujer, y como quiera que yo, desde que no estamos reunidos, es desde cuando respiro un poco, quiere decirse ¡y se dice! que no le afeito a usted... Pero le voy a dar un consejo: pásese por la peluquería de Frasco Perea, que es un artífice colo-

BAL



Dib. BAL.—Madrid.

—Le han dicho que, si quiere salvarse, es necesario que se abstenga absolutamente de la bebida.

—Pero, ¿tan grave está? ¡Yo creí que bastaría con una operación quirúrgica!



sal, y con un pulso y una habilidad que no le digo a usted más que es el que le corta el pelo al Gallo cuando Rafé está en Sevilla.

Encantado Gibson, y creyendo haber dado con la solución, encaminóse a la barbería de Frasco Perea con una sonrisa siniestra y con una calma lúgubre y cavernosa.

Y le dijo al barbero:

—Mi pagarle cuatro libras esterlinas porque usted me afeite...

A lo que respondió Frasco (que por cierto estaba lleno, pues tenía una bofrachera panorámica):

—No es mucho dinero, porque, compare, tiene usted una barba pa estarle haciendo filigranas hasta que güerva a habé ministros en España...

—Mi pagar cinco libras entonces...

—Será ahora, porque pa entonces yo no espero.

—Quiero decir que mi pagar cinco libras por el afeitado. ¡Pero si usted ha-cerme un sólo rasguño, mi darle un tiro con este revólver!

—Muy bien, mister. Pues siéntese, que le voy a servir.

Un poco estupefacto, sentóse Gibson, y a los doce minutos Frasco Perea dió fin a su labor sin el menor contratiempo sanginario.

Pagó el inglés, quizás un poco mosca por la plancha, y al enfilar la puerta dijo al barbero:

—¡Usted haberse librado por un milagro, porque si mi notar el menor arañazo, mi pegarle el tiro por la salud de Jorge VI...

A lo que respondió Perea con una carcajada de las de Homero:

—¡El que se ha libráo por un milagro es usted; porque, si yo veo que le hago a usted sangre, por la gloria de Arfonso X er Sabio, que le habría cortao er pescuezo!...

ERNESTO POLO



Dib. ZAPATA.—Madrid.

ELLA.—No bailas tan mal como dices. Únicamente te equivocas en las vueltas.

EL.—Pues mira, me extraña, ¿sabes? porque en la oficina estoy en la ventanilla de cambios.

## GALERIA PINTORESCA

### UN CHULO

¡Esta es, Tírsis, la fuente do solía lavarse alguna vez la Nicanora, y éste el Bar, donde dicho sea en buen hora, me convidaba así que me veía!

¡Esa es la casa en que feliz vivía y éste era su taller de planchadora, y ande aquel urinario que hoy ahora le di de la mar de besos cierto día!

¡Ella desempeñó gratuitamente mi traje de verano ya vencido, y ella pagó mi cuenta en las tabernas!

Y a traje, y cuenta, y Bar, y casa, y fuente y al Cielo, que le estoy agradecido, rindo, por tanto bien, gracias eternas.

### UN VIVO

Imagen espantosa de la muerte me parecés, preciosa Consuelito, por lo flaca que estás. ¡Pájaro frito, consuelo sólo de mi adversa suerte!

Busca un jarabe que te ponga fuerte y que consiga abrirte el apetito para que yo, que te amo y te visito, si no mejoras, con tu mal acierte.

¿No será que un afán de amor oculto quiera romper de tu ansiedad las puertas? Pues si yo soy tu tipo y te resuelto,

dímelo pronto, y sin que tú lo adviertas, haré que engordes aumentando el bulto... ¡Y déjale al amor sus glorias ciertas!

FIACRO YRÁYZOZ,

# UNA ILUSIÓN PERDIDA

Camilo de los Molinos era rico, era joven, pues aún no había cumplido los cuarenta y siete años, y era coleccionista de sellos. Parecía que Camilo de los Molinos debería ser feliz; pero una preocupación nublaba el horizonte de su bienestar y era el motivo de aquel surco vertical que, arrancando del en-

nos a las orillas del Plata. Allí, en Sudamérica, pudo usar el jipi-japa en Nochebuena y lucir una magnífica bufan-

la calefacción de su lujosa casa, hasta que el termómetro marcó los 45° centígrados (109,40° Fahrenheit) a la sombra. Camilo de los Molinos se tumbó indolentemente sobre la alfombra, azul pálido, y encendió un pitillo egipcio de los más caros, cuidando de no quemarse el delicado pyjama de *poplin*



trecejo, partía por gala en dos su espaciosa frente de calvo recalcitrante.

Camilo de los Molinos se sentía humillado por la Naturaleza en su vanidad de presunto rey de la creación. Pensando en lo bien que siente el frío en verano, cosa que tanto molesta en invierno, y lo agradable que en esta estación sería el calor de que en agosto renegamos, Camilo de los Molinos, hombre joven, rico e inteligente, no podía ni quería someterse a la tiranía



de la inalterable rotación de las estaciones del año, ¡ah, si pudiera trocar por su voluntad el invierno en verano, o viceversa!

«Tomar horchata en día de Reyes o hacer *skis* en Navacerrada el de San Lorenzo, e *poi morire*», como dijo el rey Don Fruela.

Por consejo de un amigo erudito y cariñoso, marchó Camilo de los Molinos



da a cuadros escoceses en el mes de agosto. Vivió un año casi feliz; pero...

Camilo de los Molinos hubo de confesarse, al fin, que no era aquello lo que con tanta ansiedad buscaba. Allí, lo mismo que acá, tras el verano comenzaba el otoño, a éste seguía el invierno, sucedió a su vez por la primavera, preámbulo del estío, y vuelta a empezar. Para morir se de aburrimiento.

Camilo de los Molinos meditó. Camilo de los Molinos, hombre rico, inteligente y joven, domeñaría a la Naturaleza.

A las pocas horas zarpaba de Buenos Aires un magnífico paquete de la Mala Real Luxemburguesa. Competía bastante buena. Camilo de los Molinos se metió en el paquete. Durante el viaje no pasó nada de particular. Arribó a Cádiz, en donde tampoco pasaba nada,



y al día siguiente por la mañana llegó a la corte.

Era el 14 de Febrero. Hacía en Madrid un frío que pelaba.

Camilo de los Molinos mandó atizar



beige y grosella, con que al llegar a su casa se había vestido.

Todo estaba en su cuarto igual que el día en que partió. Ni siquiera habían quitado el polvo.

Al cabo de unos minutos, Camilo de los Molinos dió un grito salvaje, triunfal; grito aprendido en las inmensas pampas, y que en un piso de la calle de Torrijos resultaba desampañante. El motivo no era para menos: el calendario de pared, allí colgado, estaba en



el 7 de agosto. Desde que Camilo de los Molinos salió de Madrid no había sido tocado.

Camilo de los Molinos, hombre rico, inteligente y joven, tuvo, sin mucho trabajo, una idea genial: dedicar aquel día, el 7 de agosto, al deporte de la nieve en Cercedilla. Para mejor asegurarse, dirigió a través de las vidrieras de su cuarto una mirada hacia la veci-

na sierra de Guadarrama, que desde allí se divisaba. Refulgían albas sus níveas cumbres, de las que arrancaba



plateados destellos el sol, que, para qué dudarlo ya, era de agosto.

Engalanóse Camilo de los Molinos con sus más lucidas prendas de alpinista intrépido y avezado y requirió los *skis* y demás trebejos utilizables en la nieve; descolgó del muro el revelador calendario y, llevándolo consigo, partió rauda y veloz en su magnífico 17 HP hacia el puerto de Navacerrada.

La dormida Naturaleza, bajo el consabido sudario, despertó inefables sensaciones en su acalorada mente de alpinista intrépido y avezado.

Camilo de los Molinos sentóse de

cara a la provincia de Segovia y saboreó su triunfo, dirigiendo de cuando en cuando tiernas miradas de agradecimiento al calendario, que colocó apoyado en el tronco de un pino enclenque. ¡El 7 de agosto! ¡La ilusión de lo imposible, al fin, lograda!

Camilo de los Molinos se chupaba los dedos de frío y estaba a punto de



desvanecerse de orgullo cuando acertó a pasar por allí el espiritual cronista de sociedad que ha popularizado el seudónimo *Le chevalier de Regarde-fleurs de la Montagne*.

Más de un año hacía que no se veían. —Tú por aquí—dijo a Camilo de los Molinos el espiritual cronista de sociedad que ha popularizado el seudónimo

dónimo *Le chevalier de Regarde-fleurs de la Montagne*.—¿Haciendo sport de invierno?

Camilo de los Molinos no contestó; levantó con sus brazos de hombre joven e inteligente al espiritual cronista de sociedad que ha popularizado el seudónimo *Le chevalier de Regarde-fleurs de la Montagne*, y lo arrojó delicadamente al fondo del abismo.

Camilo de los Molinos dió un puntapié al engañador almanaque y lloró amargamente su ilusión perdida.

Su vida, tronchada ya, siguió su pa-



seo por el mundo, circunstancial y relativo, como todo.

FRANCISCO RAMÍREZ MONTESINOS

(Dibujos del mismo.)

## PENSAMIENTOS

(Traducidos, más que con gran escrupulo, con enorme asco, de un pensador checoslovaco y taciturno.)

Triste es el sino del que nace para ser guardia municipal; amarguísimo el estar a las órdenes de algunos concejales, pero es mucho más triste y más amargo tener que aguantar que le manden a la porra...

\*\*\*

Hay suegras malas y suegras buenas, hora es ya de decirlo con voz muy alta y relativamente argentina. Pero se da un caso algo fastidioso: los que yernos se han empeñado en no pasar por ninguna de las dos clases, o sea que no se convencer ni por las buenas ni por las malas.

Y cuidado que, con una mamá política, el que no se convence por las malas es un suicida épico...

\*\*\*

Si Matusalén viviera en estos tiempos no habría podido soportar una funesta competencia.

Porque el campeonato se lo hubiese ganado Loreto Prado.

\*\*\*

Si las mujeres mandasen, en vez de mandar los hombres, en el ejército femenino no podrían de ninguna manera figurar las amas de cría.

Y la razón es más poderosa que la Compañía Transatlántica: porque estaría muy feo que las amas de cría, al ir a la guerra, diesen el pecho al enemigo.

\*\*\*

Llamarle Duro, y ser profesor de canto como un amigo mío, es una tragedia como para desplomarse por lo más abrupto y abismático del Viaducto madrileño.

Porque un Duro que tiene la obligación de enseñar el canto a todo el mundo, parece así como si se creyera la gente que no vale ni dos pesetas.

\*\*\*

Las únicas mujeres que no pueden tomar el café con media son las monjas de celazas.

¡Qué lástima!

\*\*\*

Los discursos de Maura, para ser absolutamente catastróficos, no necesitaban más que un pequeño detalle:

que viviese Wagner y les pusiera música.

¡Mano de santo para la neurálgia, como ustedes habrán comprendido!

\*\*\*

Dar de comer al hambriento es una magnífica obra de misericordia; pero, para estar hecha como es debido, es preciso que se realice en secreto y sin ostentosa publicidad.

Por eso, cuando deis alimento al necesitado, no le obsequiéis con Judas del Barco, porque es una cosa que puede llegar a oídos de la gente con insospechada rapidez.

\*\*\*

Tomar chocolate con un suizo es mucho más aburrido y mucho más estúpido que tomarlo con una suiza.

\*\*\*

Los niños de la Habana tienen miedo del coco porque hay veces que sus madres se los tiran a la cabeza.

Por la versión española,

NÉSTOR O. LOPE



ALREDEDOR DEL AMOR

## LA PRIMERA FRASE

Mi amigo, Nicolás Encinas, era un hombre inteligente y sensato.

Contra la opinión general, los hombres sensatos no abundan. Corrientemente, los hombres de cerebro más privilegiados están sujeto a una serie de agentes exteriores que dan al fraste con esa cualidad de equilibrio que se llama sensatez. Estos dafinos agentes reciben diversos nombres apropiadísimo: amor, afición a los deportes, cultivo de la literatura, dinero, radio-manía, juego, sed de gloria, prurito de moralizar las costumbres, deseo de simplificar la circulación de carruajes, etc., etc.

Nicolás Encinas no había caído nunca bajo el poder de semejantes agentes. A Nicolás, por ejemplo, no le preocupaba quién había fabricado el mundo, ni se quedó nunca de lo mal organizada que estaba la vida, ni meditó sobre la cuestión social, ni hubo una sola vez del problema de África.

Nicolás se reía de todo aquello que la gente toma en serio, y tomaba en serio cuanto hace reír a la gente. Con esta frase, tan breve como capicé, los espíritus selectos comprenderán que Nicolás era un hombre sensatísimo.

Encinas estaba un poco orgulloso

de su sensatez. Esto hacía que mirase al resto de los humanos un poco por encima del hombro y que cayese en ese feo vicio que se llama soberbia y contra el que hay un antídoto infalible: la bofetada fulminante.

A Nicolás le atacó entonces uno de los agentes exteriores nombrados: el llamado amor. Se enamoró como un idiota; se enamoró de esa forma espantable en que sólo se enamoran los que no se han enamorado nunca. Su novia era una muchacha bastante inteligente, bonita y graciosa.

El primer día que Nicolás salió a paseo con su novia, terminaron aquellas relaciones. Supo la razón más tarde. Veréis cómo fue. Nuestro amigo, dada su equilibrada sensatez, procuró no caer en las simplezas de todos los enamorados. Por el camino pensó ordenadamente las primeras palabras que había de decir a su novia. Saludarla. Muy bien. ¿Y luego? «Estaba deseando que llegase este momento»... ¡No, no! Esa frase era un viejo disco.

«Está usted encantadora, Fulanita»... Tampoco. Caer en aquel tópicos era ridículo. «¡Qué bonito sombrero lleva usted»... Menos. El elogio se trasladaba a su sombrerera. «He aquí una

tarde apropiadísima para hablar de amor»... ¡Dios! ¿Cómo se le había podido ocurrir una estupidez tan grande?

«¿Su mamá, está bien?»... ¡Lamentable! «¡Aquí me tiene usted, Fulanita!»... Pero gruñida inadmisible. «La quiero a usted con toda mi alma». Demasiado rápido. Nicolás no hallaba útil ninguna primera frase. Rechazó en mente por diversos conceptos, todas las que copiamos a continuación: Vamos andando. —Al fin llegó usted. —Pasearemos, si usted quiere. —¿Cómo la adoro ya, Fulanita! —He aquí el instante más feliz de mi vida. —Cree que traería usted el traje gris. —¿Quién había de decirnos hace dos meses, cuando la vi en la Gran Vía? —Llevo tantos minutos esperándola. —Pensé que ya no venía. —¿Cuántos novios ha tenido usted? —La querré siempre. —¿Me quiere usted, Fulanita? —Nadie ha definido el amor. —Al verla venir, todo yo me he estremecido. —¡Preciosidad! —Hoy escribiré una interesante página de nuestras vidas. —¿Qué será el amor? —No niegue usted que está emocionada.

«¡Mire cómo vuela aquel pájaro! —¿Qué azul está el cielo! —Falta una hora y diez minutos para que se ponga el sol. —Mi tío se ha ido a Burgos en el correo. —Se me ha olvidado echar una carta. —¿Cómo la voy a querer a usted! —Amor mío. —Deme un beso, Fulanita. —Tiene usted una boca inquietante. —Me dan ganas de morderla. —Viene usted francamente irrespetable.

Nicolás se desesperaba. Por fin decidió saludar finamente a Fulanita, emparejarse con ella y dejar al azar la solución de la primera frase.

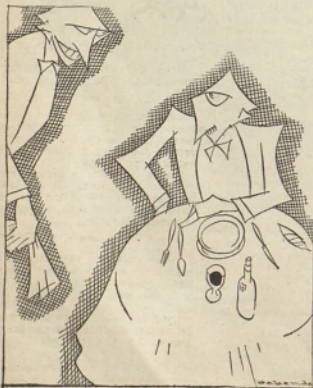
Llegó Fulanita, tranquila, natural, con el rostro un poco encendido, acaso por la rapidez de su marcha. Nicolás fué hacia ella con el labio temblón, se hizo un lío con el bastón y el sombrero, se le cayó aquél y se le torció éste, apoyando su ala en la nariz del joven. En tal situación, Nicolás pronunció la primera frase. Hela aquí: —Encarlado de tercia, Lafanita.

Que, traducida al castellano, quería decir:

—Encantado de verla, Fulanita. Y luego, a fuerza de juzgar improcedentes todas, Nicolás ya no volvió a decir una palabra.

Fulanita le rechazó, creyéndole tonto. Y Nicolás es un hombre inteligente. Mas ocurre, y esto no lo sabía Nicolás, que la inteligencia y la tontería viven juntas y se parecen por modo extraordinario.

JARDIEL PONCELA



Dib.  
BEBERIDE  
Madrid.

## A LA CARTA

—¡Camarero; hace media hora que estoy esperando la sopa! —Tenga en cuenta el señorito que ha pedido sopa de tortuga...

# JOCOSITAS DEPORTIVAS

## PROFECÍAS DE UN PROFETA

LO QUE OCURRIRÁ HOY ENTRE  
"MERENGUES" Y "PARDINEROS"

Somos serios, al punto de cuando alegres, entenebreceamos nuestra alegría con nubados de arrepentimiento. «Veamos por dentro qué motivos nos aparta de nuestra inveterada seriedad», tenemos por hábito exponernos cuando arrepentidamente la alegría asoma en nuestro ser.

Que Valderrama sea tuerto en país de ciegos no es causa eficiente para sobresalirnos de gozo. Que Monjardín se aleje de los campos dolido del escondido veto que chulle en su Club con marejadas de envidia, tampoco puede ser para nosotros motivo de ventura.

Valderrama tuerto, o Monjardín perseguido por la envidia, debe reprobarnos todo ciudadano circunspecto. Eche-se un guante para procurar a Valderrama el ojo que le falta y alejar de la envidia la fama de Monjardín.

Sea en cambio permitida la alegría colectiva. En ella englobamos la nuestra, con la de los simpáticos pardiferos. Y con ellos, lo saneado del deporte, que sigue con vivo entusiasmo su marcha por los campos... Sigámoslos... Marchan como agobiados, bajo el peso de sus victorias sobre el Madrid y el Athletic, capitaneados por Chales, infundidos por el ingenio y obeso Fernández y amparados en *pectore* por las botas de Sacristán.

Dura es la prueba a que les somete el *team* contrario; muchos kilómetros de caminata y su propia guardia para ventilar el encuentro. Y marcha que marcha por esas sendas y vericuetos hasta el campo de Madrid, los unionistas recaban como niños extraviados en una ciudad desconocida.

Muy descansados, los «merengues» aguardan en su campo, cubierto en parte con las cincuenta y siete socios que componen la Peña. Los tres mil del Athletic se han volcado a presenciar la hecatombe...

La damos por cierta. El Unión gana el partido por un «score» de tres tantos.

Regresan victoriosos a su taberna de Torrijos.

Don Pedro y sus secuaces anuncian días después que se disuelve el Club.

Respira el Athletic, como esos diputados sin contrincante, electos por el artículo veintinueve.

L. R.

## MIS ÚLTIMAS ENTREVISTAS

Conferencias de doña Fructuosa  
"La Adoquenera"

—¡Adoquines, a cinco!... ¡A cinco los adoquines!...

Secca la garganta, batientes las manos de emoción por un centro *chirri-nesco* del renovado De Miquel, me encaramo al cesto de doña Fructuosa...

Grabada la lengua con el ingenio caramelo, voy guturando, sílaba a sílaba:

—¿Quiere usted salir en los papeles?  
—A ver; explique me, señor — opone, afusándose con una mano la pelambre cana, mientras sostiene con la otra la mercancía.

Una mirada en torno, como a la busca del fotógrafo.

—Se trata de entrevistarla — aclaro —. Para que mejor comprenda, me aproxima a usted sus confidencias... Cuénteme — la emplazo, des-caperuzando la estilog — algunas chiritos de su vida.

—¡Oh, no! — rechaza de plano —. Yo soy muy seria, señor... ¡A cinco los adoquines!... ¡Adoquines, a cinco!...

—Deme una peseta de adoquines. Han de ser expresamente de limón.

—Veremos — concede, un tanto más avenida a mis curiosos.

—¿Cuántos años lleva usted traficando con adoquines?

—Y los que llevará — suspira —. ¿Usted cree que vamos en camino de acabar con ellos?

—¿Ellos?...

—¡Chist!...

—Comprendido.

(Sobreviene una de las clásicas pautas que deben llenar cualquier entrevista que se considere en algo.)

—Una anécdota de su vida, ¿quiere recordar?...

—Gracias a Dios, siempre he disfrutado de buena salud.

—Datos biográficos...

—Se lo juraría, señor, como que llevo encontrados catorce caramelos de sus predilectos, nunca, a pesar de mi condición femenina, he sido entrometida. ¿Datos?... Allí para quienes le interesen.

—¿Llama su atención el fútbol?

—Me llama, y a veces le llamo yo... ¡Adoquines, a cinco!... ¡A cinco los adoquines!... Perdóneme; no hay que descuidar al resto de la parroquia...



— ¡Calla, y de súbito se asoma cautelosamente a mi oído para decir con honda angustia, reflejada en el rostro:

— ¡Usted que es hombre de pluma,

¿me garantiza la llave de un secreto? — ¡Su duda me gravita como ofensa! Ella me concede la mejor de sus muecas, y me refiere su pequeña tragedia, humana y grotesca.

Sébase meramente que doña Fructuosa es rica. Soltera del todo. Su corazón se va agostando en el fuego de tres pasiones: incendiarle Luico Marín, Félix Pérez, y — muy tímidamente, sin ánimo de atizar su enojo — Batts — familiarmente, en labios de doña Fructuosa.

GOLIAT

## APUNTES PARA LA 'OLIMPIADA

El Pirandelliano de nuestro guardaredes

Un Club, castizo por Chamberilero, o vice versa, barajaba a principio de temporada once porteros. Los equiparon detalladamente: librea flamante, jerseys herméticos, mufekueras, tobilleras, cabezales — unas gorras zamoranas que traían a la tes'a un aire internacional. Los sometieron a la ardua



tarea de obstruir la red: pa'adas de vientre, estirones de megalomano, encoigidas de meningítico, ferocidad de rostro contra la acometividad del enemigo, labia para conquistarse en lapsos de ocio a la chiquillería de los aldeanos portieriles...

Y fueron fracasando uno a uno, hasta topar con el insuperable blocaador que actualmente defiende los colores del Club. ¿Qué harían ustedes, cristianos lectores, si la oveja descarriada volviese a su redi?...

Indudablemente, lo que nuestro pirandelliano guardameta.

# EL DOCTOR INTRANSIGENTE

Las personas acostumbradas—mal acostumbradas—a escuchar detrás de las puertas y las paredes, acaban siendo especialistas del pecho y del corazón, para escuchar, con el oído pegado a nuestra espalda, los ruidos de la máquina que llevamos dentro.

El doctor hizo que me quitara la camisa. Nunca me gusta quitarme la camisa delante de extraños. Y no por pudor, no, sino porque hay un momento en que tenemos los brazos levantados y la cabeza envuelta en los faldenes de la camisa y entonces es cuando no se puede agredir tranquilamente, sin que nos poríamos defender.

Me quitó la camisa, perezosamente. He llegado a envidiar a las serpientes, que sólo se la cambian una vez al año.

El doctor me miró y frunció su entrecejo. Mi tórax no le agradaba lo más mínimo. Procuré, medio avergonzado, ensancharlo todo lo posible, con una inspiración amplia. Falto poco para que los objetos y los papeles que había sobre la mesa no se me quisieran meter por las narices arriba. Entonces empezaron a sonar dentro de mí unos ruidos extraños, que se oyeron durante unos minutos, amortiguándose después de haber alcanzado una gran intensidad.

—Eso no me gusta nada—me dijo severamente.

No puede decirse que fuera una melodía agradable, pero tampoco era para sentirse incomodado. Había que tener en cuenta, además, que sólo se trataba de un preludio.

Sacó una corbata redonda y de ella dos gomas largas y estrechas que se metió por los oídos. Luego comenzó a escuchar, cuando pareció haber encontrado la onda.

No había nada dentro de mí que estuviera en el menor orden. Es preciso que lo confiese. El corazón saltaba dentro de la rejilla de las costillas y se paraba, de pronto, en lo mejor de su carrera. Los pulmones, al principio extrañados de esta conducta, tomaban luego el mismo partido, entregándose a las mayores excéntricas que un pulmón puede concebir. Los bronquios manifestaban una actitud más razonable, aunque a ratos lanzaban silbidos inarticulados y disonantes, como el músico, ante el doctor, como el prueba su instrumento.

—¡Oh, oh!, decía el doctor, como si lo que oyese en mi pecho fueran palabras ofensivas para su familia.

Al fin, de mal talante, se sacó las gomas de los oídos y dijo:

—Puede usted vestirse.

—¿Pero?...

—Muy mal, muy mal. ¿Qué quiere usted que le diga? El corazón está destrozado, lo que se dice destrozado. No comprendo cómo puede usted tenerse en pie.

—¿Entonces?...

—Yo no quiero ni debo engañarle. Mi deber es decirle que sólo puedo asegurarle unos días de vida...

Dí un salto.

—Sí, sí. Dentro de una semana, o de diez días, ese corazón tiene que pararse. Apenas queda útil una de las aurículas. Lo demás está impresentable. ¿Usted ha visto algún carro que ande con una sola rueda?

—Los volquetes... dije tímida-

mente.

—Los volquetes no son carros. Son volquetes. ¿Entiende usted? El corazón es un carro, un carro que necesita de sus cuatro ruedas, bien dispuestas, para el rodeo, para la circulación.

—Bueno, pero ¿dice usted que unos días solamente?

—¿A dónde va a ir usted con ese corazón? Ocho o diez días, once a lo sumo. No se apure. Apenas sentirá nada. Al principio, algo así como un ahogo y un poco de vacilación. No se asuste. Cuando llegue al suelo, no se podrá ya hacer daño. Es así como son así.

—Pero... ¿sólo ocho días?

—Nada más.

—[No puede ser! ¿Usted sabe la de cosas que tengo yo que hacer antes de fin de mes y en todo el que viene? ¿Cómo voy a morirme dejándolo todo sin arreglar? Usted verá...]

—Acaso unas inyecciones... Deje usted de fumar... Solo así, puedo garantizarle un mes de vida. Vuelva usted aquí, si puede.

Salió bastante enfadado. Antes de cumplirse el mes, volví a visitarle.

—No he tenido tiempo de arreglar mis cosas. Me molestaría mucho morirme antes de la primavera.

—No puede ser. Ese corazón está débil. Se ahogará usted, subiéndolo las escaleras... Dos, tres días de vida le quedan... ¡Yo lo siento!

—Lo siento usted o no, no puedo morirme ahora. Me es imposible. Es necesario que usted invente algún medio.

Me dió un nuevo plan y veinte días

de vida. Salió con ellos un poco satisfecho, dispuesto a gástarmelos alegremente.

Pero veinte días son poquísimos días. Sólo en visitar a gente que no estaba en casa, perdí diez.

—Necesito vivir hasta mediados del que viene.

—No, no. Ese corazón no puede resistir hasta entonces. Al pulmón derecho le debe ir el aire por algún sitio... Está usted ya deshecho.

—Pero necesito unos días... Otros veinte por lo menos. Estoy viendo una película de series... Luego en el próximo sorteo... Me he suscrito a varios diarios por todo el mes...

Me dió otros veinte días. Por entonces estrene un sombrero gris. ¿Podría morirme sin haberme puesto apenas aquel sombrero con el que todo el mundo me encontraba mejor aspecto?

—[Cuánto trabajo, cuánto rogar al doctor, para que, al fin, me diese dos semanas más!]

Así, varias veces, pude conseguir pequeños aplazamientos.

Por entonces, una editorial me ofreció un contrato que era conveniente cumplir. Fui al doctor y le pedí tres meses.

—[Hubo que verlo! Me llamó informal y exigente. Puso como trapos a todos mis órganos respiratorios. Dió puñetazos en la mesa.]

—Es abusar! [Eso es abusar! Su corazón no puede esperar por más tiempo. Con otro doctor menos complaciente que yo, ya hubiera usted muerto hace cinco meses. Pero usted es así, nunca están contentos. Pues sepa usted que no le doy más tiempo de vida. No puede ser. Esos pulmones están hechos firas. ¡Ni un día más! ¡Ni un día más! Ni usted ni nadie se ha reído de mis diagnósticos ni me ha obligado a tanto recurso. Se morirá usted mañana. ¡Ya está! ¿Dónde estaba usted ya con ese corazón si no fuera por mi benevolencia? Por conmigo no se juega. ¡Ya lo sabe usted! Se muere usted mañana, y hemos acabado.]

Disputamos largo rato y no hubo manera de que me fuera a forcer.

Me contraríe tanto, que cambié de médico aquel mismo día.

Este ya es otra cosa. En doce años sólo me ha curado unas anginas y me ha vacunado tres veces.

José LÓPEZ RUBIO

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139





Dib. Tono. - París.

—Qué, don Anacleto, ¿otra copla?

—No, no me embarque, amigo Rasputín, que ya sabe usted que a mí me marean los vapores.

## LAS MASAS

## EL GRAN PÚBLICO EN LOS ESTRENOS

De vez en cuando hay que dedicar una crónica al Gran Público, el Gran Público que se manifiesta en todos los órdenes de la vida del país y que tiene en el teatro su más definida personalidad.

En el teatro, el Gran Público está en libertad; más que eso, se cree, por el hecho de haber comprado su localidad, con el derecho de fallar ruidosamente siempre acerca de lo que ocurre en el escenario, sin preocuparse de la opinión del resto de los espectadores.

El Gran Público no sabe nunca lo que va a ver, no mira el cartel (quizás no sepa leer), y cuando va al teatro, pretende siempre escuchar una obra de tesis. Si en lugar de ello le presentan

una obra de un humorismo fino, el Gran Público no se enterará y dice: —¡Bah!, esto es inverosímil—. Con esto quiere indicar su desencanto, pues sólo es capaz de apreciar lo verosímil.

Pero lo sensacional es cuando el Gran Público se encuentra ante una revista. Entonces se indigna y dice: Esto no tiene argumento.

Durante toda la noche sigue de mala gana todo lo que ocurre en el escenario; a veces ríe y gusta de la música o de la acción, pero terminado el cuadro, renace el rencor y cace, o cuando más, queda silencioso; se consideraría deshonrado prestando su aprobación a lo que no tiene tesis.

—Bueno, y esto, ¿qué quiere demos-

trar?—ha dicho el más idiota de todos...

La única revista que entusiasma al Gran Público, es esa en la que aparece un inglés que no conoce España y lo hacen viajar por todas las regiones, en cada una de la cual le cantan y bailan lo del país.

También gusta de las revistas en que se da la vuelta al mundo y salen las rusas con botas de coquero y los chinos con los dedos levantados. Cuando llega el momento en que le dicen al inglés: —¡Por allí vienen las españolas!—y salen doce mujeres, metiditas en carnes, cantando un pasodoble, el Gran Público sonríe complacido.

Después exige que se canten couplets, metiéndose con Romanones. Y al final de la revista, ese inglés que no conocía España, tiene que decir: —*Mi gustar este país de sol y de hermosas mujeres.*

El Gran Público sale entonces contento.

...

El Gran Público tiene la propiedad de recordar siempre el número exacto de pesetas y de céntimos que le ha costado su localidad, y ello es el gran argumento que aduce siempre.

Establece una relación entre el valor del espectáculo y el importe de su localidad. Si el Gran Público se divirtió en un teatro por cuatro pesetas, en otro en el que se gaste cinco debe de divertirse mucho más, si no, protesta y carraspea; esto último es su mayor prueba de descontento; el desencanto ataca al Gran Público en la garganta.

El ideal para esos espectadores sería que antes de estrenar una obra fuesen el autor y el empresario a visitarles a su casa, y le consultasen algo así:

—¿Le parece a usted bien que la tiple se enamore del galán en el segundo acto, o prefiere que se case con el huérfano? ¿Tiene usted inconveniente en que el padre diga hablando con su hijo: «Un padre es para cien hijos y cien hijos no son para un padre», o prefiere usted que diga lo contrario?...

Y el Gran Público iría al teatro sabiendo lo que va a ver, que es su máxima aspiración.

Al Gran Público le molestan las novedades, desconfía, cree que se quieren burlar de él, no osa aplaudir, temiendo se lo echen en cara al día siguiente.

Su ideal, repetimos, es que le digan lo que ya sabe; prueba de ello son los clamores de aprobación, cuando hay una alusión de actualidad, del dominio de las masas. Entonces se comunican entre sí el por qué se ha dicho tal cosa, y como ya lo sabían todos, y no tienen



Dib. GARCÍA CERVERO.—Madrid.

—¡Señorito, telefonan de la casa de socorro que a la señorita la ha matado un automóvil!...

—¡Caracoles! ¡Menudo disgusto me espera cuando me levante!

que hacer esfuerzo alguno mental para comprender, quedan muy satisfechos.

El Gran Público se cree muy gracioso, se lo han dicho a veces en la Prensa, se recuerdan frases de algún espectador en un estreno, que interrumpieron la representación, etc., etc. Pues bien; todos se creen capaces de pronunciar esa frase tan aguda y tan oportuna que logre el éxito. Cada espectador tiene el convencimiento de que el resto del público ha venido a ver la función y a él.

Nosotros no creemos, por otra parte, en la gracia de la masa, sólo existe algunas veces cuando la masa representada por actores, se agita en un escenario. Arniches, por ejemplo, nos ha presentado tipos populares magníficos de gracia, masas enteras ocurrentes, chispeantes, y el Gran Público se ha creído reconocer allí y ha pensado: «Pero qué graciosos somos».

Esto no es cierto; el que tiene gracia en ese caso, es Arniches.

El respetable Gran Público es tan idiota en el extranjero como en España, y hago notar esto para que no crean que denigro sólo lo nacional; pues en estos tiempos, todo el que no piense como el vecino es tachado por éste en seguida de mal patriota y de mal español.

En el extranjero sucede lo mismo, solo que el Gran Público está mejor educado, y no se cree tan gracioso y es menos desconfiado (¿o me estarán tomando el pelo?—piensansiempre aquí).

Por otra parte, al Gran Público no se le debe hacer caso alguno en sus manifestaciones; el público que hace se representen centenares de noches las más abominables zarzuelas de costumbres campesinas, provenzales de preferencia, y las más estúpidas comedias de tesis, es un público descalificado y su voto no debe tener el menor valor; ese público no tiene derecho a opinar.

Sería curioso el averiguar las señas

de esos señores del Gran Público que patean todo lo que ellos creen que está mal, y organizar una comitiva de actores y autores que fueran a visitarles a su casa.

Llamarían al piso, y una vez introducidos en el salón, comenzarían a patear furiosamente gritando: —¡Qué muebles más feos! ¡Qué alfombra más sucia! ¡Fuera, fuera!

El dueño de la casa y su señora surgirían alarmados y las protestas recomenzarían:

—¡Qué birra de señora! ¡Qué gorda está! ¡Tiene bigotel! ¡Fuera, fuera!

Después, los visitantes cogerían el cajón de la mesa de despacho la comedia de tesis, en la que se demuestra algo, que todo espectador del Gran Público tiene guardada, y sería leída entre cuchufletas y pato.

Después, todos se irían satisfechos de haber fallado con justicia una vez.

Esto sería lo único que merecería el respetable Gran Público.

EDGAR NEVILLE



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—Mira esa paleta, qué buenos colores tiene.

—¡Naturalmente, todas las paletas tienen buenos colores!



Dib. PADILLA.—Madrid.

—¡Pa triaño el mío en Ocaña: con decirte que corté tres orejas en un toro!...



## A UNA NIÑA "BIEN"

Nena, tus dos preguntas  
son muy sencillas  
y voy a contestarlas  
en seguidillas.  
Me preguntas si opino  
que es conveniente  
que la mujer se pinte  
siendo decente,  
porque ves que hay mujeres  
buenas y honradas  
que se retocan como  
se las descarradas;  
y después me suplicas  
con gracia y arie  
que te diga si debes  
también pintarte.  
Ante todo, te advierto  
(pues soy benigno)  
que las veo pintadas  
y no me indigno;  
porque si eso es en ellas  
un decorado  
que por padres y esposos  
es tolerado  
pues con menos alarma  
ven la pintura  
que el escote que llega  
por la cintura.

bien está que tú vayas  
como un retablo,  
aunque algunas lo juzguen  
cosa del diablo.  
Yo bien sé que tu tía,  
la beatona,  
si te mira la cara  
se desmorona.  
Yo bien sé que hay amigas  
de auyo rancias  
que sin tener en cuenta  
las circunstancias  
en que hoy viven las chicas  
más principales,  
al mirar tus ojeras  
artificiales  
y tu boca en que el vivo  
carmin extiendes,  
pensarán que te has vuelto...  
ya me comprendes...  
Pero como el pintarse  
no es vicio feo,  
ni pago las pinturas  
a las que veo.  
¿qué me importa que lleven  
la tez manchada  
y el hocico se froten  
con sobreadada?

¿Que algunas mal se pintan  
y no están bellas?  
Pues, como es consiguiente,  
me río de ellas,  
y, si están bien pintadas,  
son mi recreo;  
me parecen cuadros  
de algún museo.  
Y respecto al retoque  
de tu persona,  
siento que te embadurnes  
cara tan mona;  
mas desde luego conste  
que, por mi parte,  
hasta la rubadilla  
puedes pintarte.  
Píntate en ella rosas...  
o lo que quieras.  
y un poco más abajo  
píntate ojeras.  
Cambia, en fin, de dibujos  
todos los días...  
(Pero no me preguntes  
más tonterías!)

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

## EL CASO DEL DOCTOR MÜLLER

He aquí, seguramente, la historia más absurda que he escuchado en mi vida. El individuo que me la contó haciéndose pasar por protagonista de ella, fué un andaluz, catedrático de Sociología comparada, y si el primer dato me inducía a considerarle como de natural alegre y bromista, el segundo me obligaba a suponerle persona seria y circunspecta. Mi confusión es grande y la causa principal que me decide a trasladarles a ustedes el relato, es salir de la duda de si pudo ser cierto, o solamente producto de una imaginación exaltada. Yo les agradeceré que me escriban a vuelta de correo dándome sus opiniones. Haré el escrutinio de las cartas que reciba y saldré seguramente de mi incertidumbre.  
¡Gracias anticipadas!

\*\*\*

Acostumbro a asistir, los jueves por la tarde, a las reuniones íntimas que los señores de González—un matrimonio viejo y sin hijos, que gustan de reunir, en torno de su mesa-camilla, a los viejos amigos—organiza en obsequio de sus no numerosas amistades. Por este motivo, son algo de suma confianza; siempre las mismas personas y los mismos temas, razón por la que, unida a su excelente cortesía, se le puede perdonar algunas de sus faltas, como las de servirnos el te con

unas pastas que, según malas lenguas, son de basalto neolítico, y en honor a la verdad, difícilmente masticables.

Cuando un jueves llegué a la tertulia, ví, junto a la mesa, un individuo a quien no había visto antes de ahora. Me lo presentaron como a un antiguo amigo de la casa, que acababa de regresar de Alemania después de una prolongada estancia en dicho país, y media hora más tarde éramos los mejores amigos del mundo.

De discusión en discusión, acabamos charlando de medicina. Todos estábamos conformes en que era ciencia que había adelantado mucho. El catedrático de Sociología comparada, dijo:

—Cierto. Pero su adelanto no tiene comparación con el de la cirugía. Para que puedan ustedes juzgar a qué punto ha llegado esta ciencia en Alemania, voy a referirles un suceso del que fui protagonista. De no ser por esto, no lo hubiera podido creer nunca. Veán ustedes:

Hace poco, obligado por un dolor en la pierna izquierda, tuve que requerir los cuidados de un médico. Me examinó detenidamente y me aseguró que aquello carecía de importancia, hasta el punto de que no habría necesidad más que de amputarme dicho miembro. Todos los médicos que consulté opinaron de igual modo. Así es que indagué el domicilio de un buen cirujano y

allí me presenté una mañana, lleno de pánico y de tristes presentimientos.

El doctor Müller, en cuyas manos encomendaba mi salud, era uno de los más célebres. Tal era su habilidad de operador, que—como hoy va siendo ya corriente—no necesitaba cloroformizar a los enfermos; le bastaba con una anestesia local, por la que, como es lógico, sin que el operado perdiera el conocimiento ni notase la más leve molestia, le despojaba en un santiamén del órgano dañado.

Examinó mi pierna y dijo:

—No tenga cuidado. Estas operaciones de la garganta son sencillísimas.

—¿De la garganta?—inquirí asombrado.

—¡Ah, sí! De la pierna. Me había confundido. Tengo muy mala memoria. Haga el favor de echarse aquí.

Me tendí en la cama de operaciones y procedió a anestesiar-me, recomendándome antes, para evitarme un espectáculo desagradable en extremo, el que permaneciese durante la operación mirando al techo o cualquier otro sitio. Así lo hice y me dediqué a contemplar los frascos colocados en la pared, en donde guardaba los órganos de que había desposeído a anteriores enfermos. Recuerdo un pie que, calzado con una bota de ternera, nadaba dentro de un frasco de alcohol y medio hígado

sin hiel, en cuya contemplación se hallaba absorto un gato, que supuse sería el de la casa.

A todo esto, yo estaba encantado. El doctor hacía un rato que estaba operándome, y aún no había sentido la menor molestia. ¡Oh, mágico poder de la anestesia! De vez en cuando oía el ruido de los instrumentos y escuché, con la misma emoción con que ustedes escucharían el pregón de un periódico, el chirrido de la sierra que iba, poco a poco, coriéndome el hueso.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo tiene usted esto! Si tarda en venir cinco días, se le hubiera presentado la gangrena

—le oí decir frecuentemente mientras me operaba.

Al fin se interrumpió en su labor, y exclamó dando un grito de satisfacción:

—¡Ya está! ¡Mire usted!

Y me mostraba una pierna cortada limpiamente a la altura de la ingle, que al reconocer lancé un grito de horror. Debí de ponerme densamente pálido, y hubiera perdido el conocimiento si el doctor no acude en mi socorro, y...

—Basta. Basta—le interrumpí sonriente al narrador—. Ya comprendo. Es un caso muy frecuente. El doctor se había equivocado, y en vez de cor-

tarle a usted la pierna enferma, le había cortado la sana...

Pero me miró severamente; hizo luego una pausa, y continuó después:

—¡Fue algo mucho más horrible que todo eso! Cuando el médico me preguntó qué me ocurría, apenas pude exclamar, señalándole al despojo: —¡Esa pierna... no es la mía!

Me miró. Le vi ponerse intensamente pálido, desvanecerse y caer encima de mí.

¡¡¡Horror!!! El doctor se había equivocado, y en vez de cortar mi pierna, ¡se había cortado la suya!

MANUEL LAZARO



Dib. SAMA.—Madrid.

EN LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS

—¡Atíza! ¡Me parece que he pescado un submarino!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

## MI RECORD

por ALPHONSE ALLAIS

Al Sr. Aparent-Rari.—Nantes.

No, señor; no le han engañado: soy yo, en efecto, quien hasta el día ostenta el *record del milímetro*, no solamente para Francia, sino también para Europa y América. Dicen que un australiano acaba de batirlo; pero mi excelente amigo y colaborador «Recordman» me aconseja espere la confirmación oficial de tan hipotética victoria.

Con mucho gusto paso a suministrar a usted los datos que solicita.

La máquina que monto es un velocípedo de madera, construído el año 64 por un carretero de las inmediaciones de Pont-l'Évêque, ya muerto, por desgracia. La marca se ha hecho relativamente rara en el mercado, y apenas conozco quién pueda poseer otra semejante a la mía, exceptuando al señor Gautier de la Hupinière, uno de los más decididos escultistas de Flers.

Por la época en que dichas máquinas se construyeron, Dunlop era un niño de teta y Michelin se preparaba a

recibir su primera comunión. En lugar de neumáticos se empleaba entonces una delgadísima banda de hierro que, aun cuando menos flexible que el caucho, posee sobre esta substancia la ventaja de una insospechada coriandridad.

Para el hierro, amigo mío, los guijarros del camino son un juego de niños, y los vidrios de botella, apenas una distracción.

Poseo el *record del milímetro* sobre pista y en campo abierto.

En pista, lo he cubierto sin entrenadores en menos de 1/17.000ª de segundo.

En campo abierto, mi tiempo es algo mayor: 1/14.000ª de segundo más una fracción.

Debo añadir que en esta última prueba tenía en contra un viento formidable, acompañado de una lluvia torrencial. Por contra—quizá sería mejor reservar este detalle—, mis entrenadores, D. Mauricio O'Railly y el honorable capitán Cap, se encontraban casualmente ebrios como cubas.

En la actualidad, confío en batir mi propio record el mes próximo venidero.

En previsión de esta aventura, me entreno a conciencia trabajando catorce horas diarias, la mitad sobre una alfombra de cama, y el resto sobre arena mojada.

Mi alimentación se compone exclusivamente de huevas de abadejo muy poco cocidos, que riego con una infusión de grama mezclada con una tercera parte de rabos de cerezas.

Me pregunta usted cuál es mi posición sobre la máquina. A este propósito, he seguido siempre un antiguo proverbio de la escuela de Saverne, que mi abuela me repetía con frecuencia en mi niñez, y que me ha conducido al éxito:

Cabalgando en el sillín derecho como una vela, podrás llegar hasta el fin, que aquí el que no corre, vuela.

(¡Ay, mi abuela!)

Evito, pues, el doblarme sobre el guía, y todo mi cuerpo flende sin afectación a buscar la línea vertical.

Estos son, querido señor, los pormenores que había usted solicitado de mi reconocida amabilidad y de mi cortesía, cuyo elogio no soy yo el llamado a hacer.

Para indicaciones complementarias, consulte usted mi próxima obra, ya en prensa, *Las confesiones de un joven ciclista*.

M. V.



(De London Opinion, Londres).

—¡Muy buenos días, amigo! ¡Vaya un tiemppecito que hace! ¿Eh?



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisando en esta forma:

## BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Lulú Gazna. San Sebastián.— ¡¡¡¡¡te amigo: es usted un aparte de frigorífico, a la par que un rato largo de cándido. La frigidez consiste en envolvernos, como mayo, en el chiste formidable de nuestro adorado colaborador Ernesto Pólo, publicado en Buen Humor, y del cual, para mayor oprobio de usted, no ha variado usted ni una coma. Y la candidez estriba en creer que nosotros no lo íbamos a notar. Para realizar farnas como la que nos ocupa, tiene usted un alto indicativo: Sierra Morena, o el puerto de Arrebatacapas. Las columnas de este corto semanario, no le van a bastar otra, en la que seguramente le pillaremos en seguida, para su escaño y para que usted a sus nefandos limitadores!

## ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecho. Horas, de once a una y de cuatro a seis.

R. J. O. Madrid.— ¡No vale ni un pitillo! ¡Y cuidado que los pitillos valen poco, a pesar de lo que valen! El pato y la pata.— Yo diría mejor: los dos gancho.  
Alcaláes. Gilón.— Una mala noticia, amigo: *El café* no nos ha gustado, a pesar de servirnoslo usted completamente gratis. O dicho de otra manera, para que a usted no le quepa darle: que no lo ha conseguido usted colarnos *El café*. Tal vez por eso se le vienen los pelos. Mande usted otra cosa que no sea café, a ver si cuéla..., que lo dudamos.

**FAJAS DE GOMA**  
**Sostenes IDEAL**  
**PRESA** Puencarral, 73.  
Teléfono 48-090.

Pedraza. Madrid.— El dibujo está muy bien, pero el chiste es más tonto que pretender tocar el *lux-lux-lux* con un bollo.  
Boach. Barcelona.— Los monos nos han parecido muy monos, pero como los ha enviado usted sin chistes, no los hemos podido aprovechar. Y llorando como Magdalena arrepentidas, los hemos arrumbado

## SASTRERIA LORITE

Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

en el trágico osario de las cosas inservibles.  
A. A. P. Madrid.— ¿Que usted no es un bruto?... No sé, no sé, pero nos parece que le va a usted a costar un trabajo hercúleo demostrarlo.  
P. M. S. Zaragoza.— ¿Con que *Tras de mi honor* (vaya título)!

## Bodegas de los CEAS

Bebé Lóic Benedetto, Ana Senar Margarita y Anselme Venas.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-58

es mejor y más gracioso que todo lo que se ha publicado en Buen Humor desde su fundación hasta nuestros días?  
¡Mi gracias por el favor!  
Mas lo ve digo a mi vez  
¡mbélic! ¡Tras de mi honor  
es una enorme idiotez!

Y ya nos hemos desahogado todos: usted y nosotros, ¿qué bien! ¿Verdad?  
L. Y. D.— De los colaboradores esquinados, no admitimos traducciones. Esé es un trabajo que nosotros hacen de encargo como el chocolate.  
R. L. Zaragoza.— No sirve.  
M. A. V. Madrid.— Tiene algo menos de envidia que un mosquito recién nacido.

Alberto. Alicante.— Por el camino del Arte, se ve que Dios no le llama. Es más noble aconsejarte que procuras dedicarte a vender rica moáma.  
¡Que eso, ahí en Alicante, debe

de ser facilísimo, porque la abundancia de ese producto permite que su comercio se expandiese sin temor a la funesta competencia...  
J. M. B. Aguas de Buzot.— ¡¡¡¡on buenas esas aguas! ¡Porque en su artículo no se nota mucho su beneficiosa influencia! Esperaremos, no obstante, a que acabe usted de tomarlas, para si acaso observamos alguna mejoría.  
R. F. Madrid.— En más corto y menos substantial-cio que un chorro a cero treinta y cinco.  
Andarín.— Un error judicial no

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

vale casi nada. Mejor dicho, o dicha categoría y, lamentemente, no vale nada, para qué vamos a andarnos con eufemismos ni tonterías!  
Edu Cdear. Madrid.— Morita, ¡¡¡salantí!... Queremos decir que los que le *saludarán* a usted son sus dos artículos, antes de fellecer a nuestras manos, que van a fellecer en este mismo tenebroso instante.

Teniendo la tos que tiene, Curarse no se concibe, Ha de desaparecer tan solo Tomando Jarabe Drive.

Douglas. Madrid.— ¿De verdad? es malo de verdad. Esta es la verdad, la purísima *chúpde*, que decimos los cláticos de esta casa.  
P. A. D. Sevilla.— ¿Con que *en aquel terrible momento, y ante un silencio mortal, cayó en el cesto la cabeza de Carlota Corday*? Pues en este mismo momento, y en medio de un choteo descomunal, acaba de caer en el cesto también el sangriento artículo en que usted re-

## AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

ñere esa estupenda tragedia histórica, que maldito lo que nos preocupa a nosotros ni a nadie. Ni siquiera a la pobre Carlota, que hace ya tiempo que no tiene la cabeza para pensar en esas minucias...  
Trotalot. Barcelona.— ¡Abajo los bocheivest...! ¡No se nos ocurre otra cosa!.  
A. R. C. Madrid.— ¡Los hay como

## Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Engracia, 64

(próxima apertura).

Casa central: Puencarral, 72.

¡manten! ¡Y usted figure, por derecho propio, a la cabeza de todos los que hay! ¡Que sea por muchos años!  
Bibi. Aranjuez.— ¡¡¡usted ha sido

alguna vez torzudo de la hilaridad? ¡Porque, por la gracia que usted derecho, lo parec!

T. B. Q.— Madrid.— ¡El trabajo a usted se refiere no es un título

## Los usos en "Vida Madrileña"

Anuncio en

Oficinas: Puencarral, 166

Dirección: DOZ DE LA ROSA

lado *Hagan Juego, por si conviene*.

No nos han gustado nada.— Los dibujos firmados por los viajeros y los murrillacos artistas siguientes: García Pastor (Madrid), L. Torres (Telde), A. Viorreia.

## ALBERTO RUIZ

JOVENIA.— CARNETES, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

(Madrid), L. M. (Cuatro Vientos), R. Cansalera (Sevilla), R. Ayuso (Madrid), Galivetti, Iliabage-Cana (Madrid), Santos (Madrid), Kerila (Madrid), M. de la P. (Campanario), Ale (Madrid), Gimeno, Torrent (Ciudadela), Carlin (Madrid), Kno (Teruel), C. Gutiérrez (Segovia), Ziti (Valencia), Antonio (Madrid) y E. Parre (Madrid).

E. P. I. Madrid.  
La estatua de don Cárlos de lo malo, es lo más malo. Y el grito de don Utrac para agarrar una estaca y darle con ella un palo.  
¡Y si me apure usted, dos y luego tres; y así sucesivamente hasta que quede usted castigado con arreglo a conciencia.



**Cre solar**

Boca sana - Dientes blancos.  
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.— BARCELONA

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.  
¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

## El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En clase:

El profesor (dirigiéndose a un chico).—Dígame usted, ¿por qué está ahí si su nombre no figura en la lista de los alumnos?

El interpelado.—¿Cómo?

El profesor.—Que ¿cómo está usted ahí?

El interpelado.—¿Sh?

El profesor (a gritos).—¿Que por qué se encuentra usted aquí?

El interpelado.—¿Soy oyente!

Antonio Fernández G. de Quevedo.  
Orense.

El paciente.—¡Ay, doctor, me altera la idea de que pudieran enterarme vivo!

El médico.—Descuide usted, que eso no sucederá vitalmente yo.

C. Porriño.—Madrid

El colmo de un mecanógrafo:  
Cesarse con una Tecla.

Pedro Vizcaino.—Melilla.

«¿En qué se parecen las Plazas de Toros a las mujeres?»

«En que las hay monumentales.

«Camello».—Madrid.

Anuncio.

Colo de la pluma derecha desearse ponerse de acuerdo con colo de la pluma izquierda para adquirir a medias un par de zapatos.

Antonio Cura Paleres.

Melilla.

«En qué se parece Cain al cine?»

«En que Cain mató a Abel y cine-matográfico».

Tarrak.—San Sebastián.

«Tenga usted la peseta que me prestó».

«¿Yo? ¿Cuándo?»

«Hace dos meses».

«¿Es verdad! ¡Ya no me acordaba!»

«¿Pues podía usted habérmelo dicho».

Piccoli.—Madrid.

«¿Cuál es el automóvil que avisa sin necesidad de bocina?»

«Los de servicio postal, porque van diciendo siempre: Corro».

Iris.

«¿Cuál es el colmo de una obrera que trabaja en una fábrica de calzado?»

«Llamarse Sandalia».

B. V. E.—Madrid.

«Oiga, mozo, usted me pone 14 pesetas a la cuenta cuando yo solo he gastado 10, ¿cómo es eso?»

«Pues... porque... por si era supersensible el señor».

Alejo de Soriana.

Miscelánea.

Un amigo pregunta a otro:

«¿Dónde estuviste el verano pasado?»

«En Nápoles»—contesta el segundo.

«Fui allí con el propósito de pasar una larga temporada y de peso cobrar un dinero que me adeudaba un amigo. Pero el hombre propone y Dios dispone. No puedes imaginarte el musculo que pesé».

«¿Pues?»

«El mismo día de mi arribada a Nápoles, el Vesubio empezó a vomitar grandes tormentas de lava. En vista de esto, decidí saltar cuanto antes con mi amigo e inmediatamente después poner los pies en polvorosa. Me dirigí a su casa y, coñito lo que yo suponía, se hallaba ausente. Es decir que me tiré una plancha. Volví al día siguiente y me sucedió tres cuartos de lo mismo. Segunda plancha. Dejé transcurrir una semana, pero el Vesubio, lejos de calmarse, arrojaba cada vez más en sus igneus provocaciones. Torné a casa de mi amigo y... nueva y tercera plancha. Resumiendo: que así nos pasamos un mes; el volcán, lava que lava y yo, plancha que plancha».

Leandro Reyes Santa-Paz.

En un choque de trenes hace días, perdió dientes y muelas Paco Mir; pero se dió Licor del Polo en las y... le han vuelto a salir. (encías).

Viendo patinar.

Pollo 1.º.—Mira qué preciosidad. Con una mujer así...

Pollo 2.º.—No te hagas ilusiones! No ves que sonríe».

Carlos Alzate.

Entre tabaleros.

«¿Es cierto que le impulsaron una multa a tu vecina la cerquera?»

«Sh»

«¿Por qué?»

«Por haber subido demasiado la feida».

José L. Campos.—Coruña.



**MEDEL**

**GRAN VÍA, 18**

**JUJUETES**

**COCHES DE NIÑO**

«¿En qué se parece un abrigo de pieles bastante usado a uno que se está quedando calvo?»

«En que a los dos se les cae el pelo».

José Rodríguez.—Valledolíd.

Entre amigos.

«¿Cuál es el mejor cochero?»

«El de diñones».

«¿Por qué?»

«Porque ninguno de sus parroquianos se queja».

Francisco Villalba.

## LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

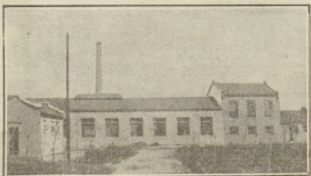
### BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41  
Teléfono 23-33 M.  
(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados, lisos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:  
Plaza del Matute, 6  
Tel. 50-05 M.




**HERNIAS**

Bragueros científicamente

J. Campos

Único MÉDICO ORTOPÉDICO de MADRID

Laguna Figuera 8

En una clase.

El profesor (al alumno que ha dicho la lección en muy poco tiempo).—Pronto ha dicho usted la lección, tan larga como es.

El alumno.—Es que sólo he dicho lo más importante: la *paja* me la he comido.

Leo S. Mandría.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 11.



# CREMA

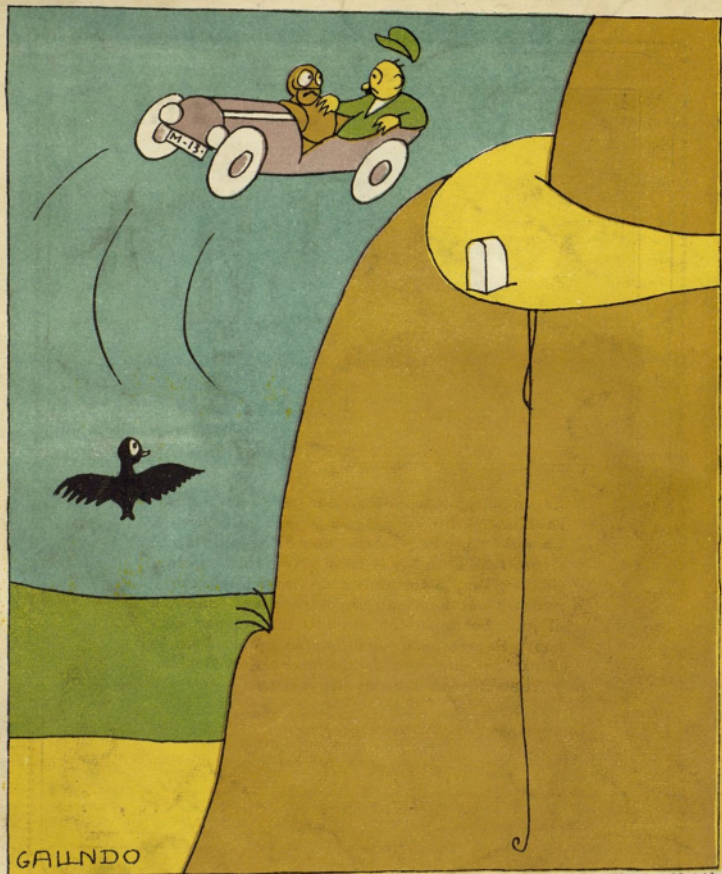
# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID





*Diò. GALINDO.—Madrid.*

—¡Atilano, por Dios!

—Calla, hombre; si no salgo de mi asombro. ¡Esto me ha ocurrido siempre dos curvas más allá!

Ayuntamiento de Madrid